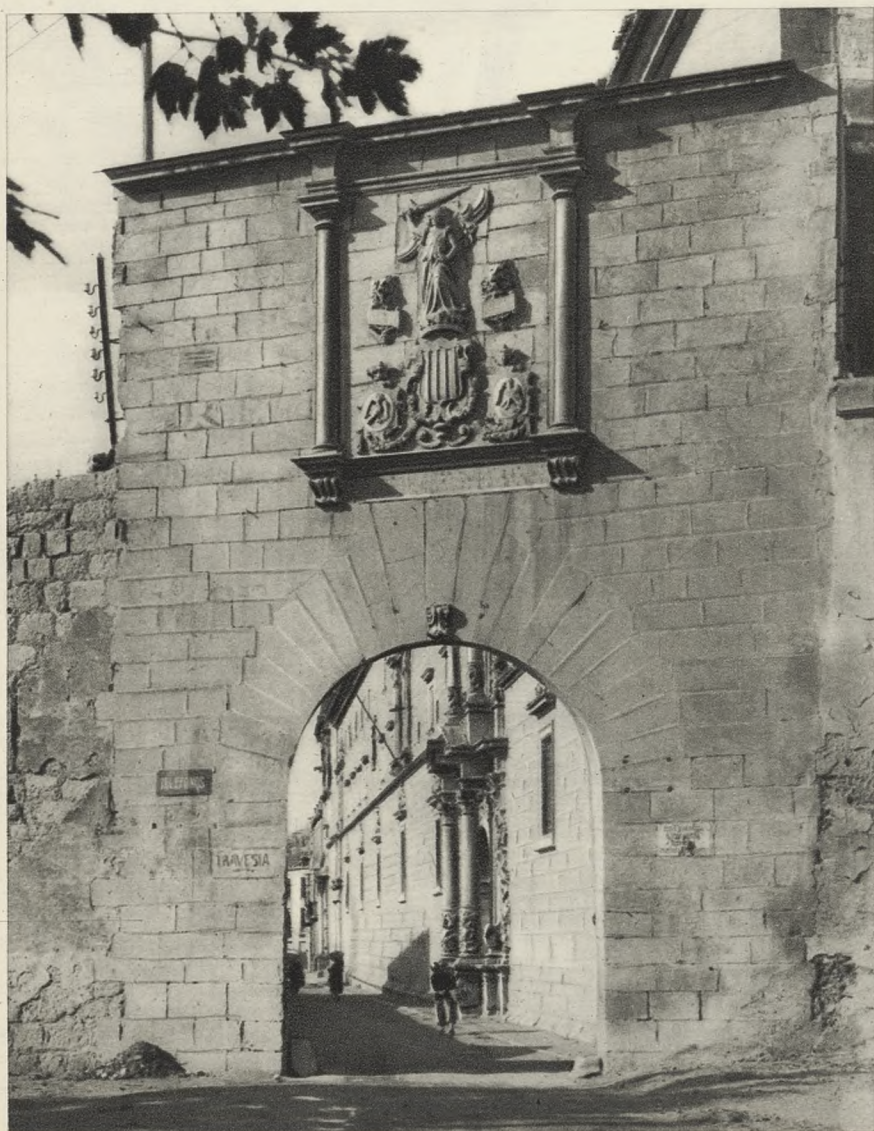




Orihuela es como la frontera entre la palmera del desierto y el olivo del barranco ameno y familiar. Imposible de evocar sin sentir, por dentro, el temblor lírico de la aprensión mironiana.

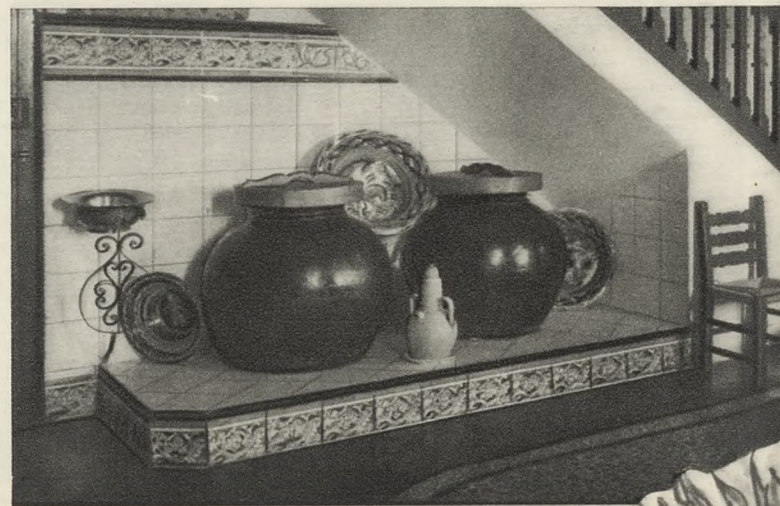


Casi amurallada Orihuela, esta puerta abre la ciudad al viajero.

Es, más que conmovedor, alucinante ver que una ciudad hace inmóvil, y hasta flúida, su belleza; más allá de la vibración voluptuosa de sus reverberantes piedras o de su vegetal contorno, exclusivamente por milagro de la resonancia de un pulso literario. Y es prodigioso comprobar que ya siempre será imposible evocar a la dulce Orihuela, sin sentir, por dentro, el temblor lírico de la aprensión mironiana. Autor y obra han quedado fundidos en una sobreexistencia delicada, emotiva y superior, vida aparte y fabulosa, vigorosa ansia de ideal y ensueños de pasión enervante, que, con dicha o dolor, ha de experimentar todo viajero, sin remedio.



Tinajero, con la cerámica típica de la Región.



Interior de una casa de Orihuela.

ORIHUELA DE MIRÓ

Por JOSE LUIS CASTILLO PUCHE

MIRÓ sigue existiendo; cualquier adolescente lo siente mientras contempla desde su pupitre la llama del crepúsculo dorando cipreses y torres que fueron su visión desasosegadora.

Hay huertos fragantes, cruelmente cerrados, por cuya cerradura tenemos mirar; presentimos la figura del Miró de ojos azules y pelo algo desmadejado.

El metal de las campanas también revive y reencarna instantes y horas en que soñamos y amamos la ventura y la tristeza de los seres inefables, quietos, atormentados, ilimitados, sensitivos, veraces, extáticos, del Miró angélico y doliente.

Miró para Orihuela fué su bautismo de gracia, ese rapto de felicidad creadora que hace a los pueblos predestinados dormirse en brazos de la gloria inasequible.

Imitar a Miró es casi un pecado, pero sentirlo y experimentarlo dentro de su paraíso, en el silencio de su diminuta catedral, en la cadencia liviana de sus torturadas calles, en la voluptuosidad de sus recónditos jardines, en los murmullos de su río, en los ruidos y en el color de la ciudad pétrea y aleteante, eso ya casi es también una estigma de gloria y excelitud de la propia personalidad.

Las torturas y goces de Miró no han caducado. Es algo de la naturaleza y es algo de los astros, es cosa de la tierra y es cosa de la eternidad. Es un latido que se propaga, que persiste, produciendo en los espíritus y en la atmósfera, una orquestación sublime de música religiosa y plásticidad pagana al mismo tiempo; eso es Orihuela, ritmo enamorado en el que entra, por igual, el puro salmo y el cántico suicida.

Podía ser muy bien una ciudad judía hecha cristiana. O lo que subsiste de una ciudad griega que se consoló con el cristianismo. O una ciudad mediterránea que tiene clima y mitos de isla encantada.

El le puso por nombre Oleza, porque acaso en este vocablo encontraba él como la representación de un símbolo: quizá una virgen, quizá una diosa, quizá algo con lo que podía ser nombrada una mujer de eterna fugacidad.

Pero Orihuela, casi amurallada, no es sólo lo que se ve; su fuerza está en lo que nos hace presentir: es como la frontera entre la palmera del desierto y el olivo del barranco ameno y familiar, la frontera entre la noria doméstica que pide esclavos y camellos y los montículos geométricos de la sal o la inmensidad de las espumas. Allí están el buey y el asno, pero muy cerca anda el faro. Se huele intensamente a azahar, pero muy cerca despliega el espliego su perfume. Está la palmera, coronando naranjales y moreras, a un paso, pero, también, a la vista, tenemos el cardo y la chumbera. La tierra es morena, blanda en su cintura, pero, en alargando el brazo, tenemos arcilla reseca, gleba colorada y amarillenta.

Orihuela es como una torre de oasis con vistas a una llanura trágica, no la de Castilla; sino esa otra del mar, paisaje de lunas ardientes y vehemencia tropical, delirio de los desiertos que piden fe de estatuas sobre la caliente y movediza arena.

MAÑANA

Ha nacido el día; parece que por el aire se estén desperezoando ángeles mórbidos, de cuerpo macizo y alas de pluma de palomas gigantes.

Las campanas repican. Van saliendo huertanos de camisa blanca al riego de la tahulla. Algunas tapias chorrean jazmines. Se va aclarando el horizonte hasta el sin límite de lo inverosímil; no parece ser sino que allí por donde concluye el piso jugoso de la huerta, vamos a presenciar el desfile de un barco fantasmagórico.

Se escuchan voces cálidas en una cancela. Dos muchachas que acaban de venir de misa conversan, con el kempis, el velo y los guantes en la mano. A veces se dicen algo al oído y sonríen.

A todo esto los colegiales de Santo Domingo están en el salón de estudio preparando la lección de primera hora. El café con leche a algunos los ha dejado semidormidos. El jesuita—todo bonete, gafas finas de oro y alzacuello—vigila como sonriendo.

Carlos no se ha levantado hoy con la comunidad; ha pretextado que está enfermo; debajo de la almohada esconde *El obispo leproso*. De vez en cuando, se incorpora y mira por la ventana. Sobre el rumor sosegado del río ha escuchado el silbido de un tren. Sin quererlo, apenas, ha cogido un papel y ha intentado escribir algo. No le ha salido nada; lo único que ha hecho es mediodía; bajar el busto de una muchacha, una cabellera suelta, un cuello fino y largo y la entrada de unos senos juveniles...

Se lo tiene avisado el Padre Prefecto. A Carlos lo suspenderán en matemáticas y así no podrá ir al examen de estado.

—¿Cómo se te ha podido ocurrir escribir versos?—recrimina el tío, dueño de una alpargatería.

MEDIODÍA

Más verde es la palmera, transparente el cielo, oloroso el alhelí y muy estrecho el valle de la huerta para contener los ruidos. ¿Ruidos de qué? De todo y de nada.

Cósmica impassividad, susceptibilidad absoluta de los sentidos. El insecto musiquera alrededor de las cañas del río; las abejas y las mariposas vagabundean por las tapias de los conventos; gotea la fruta, licor prístino de vida, y hasta el ruiseñor se duerme como pájaro decadente.

Cabecea el canónigo repasando la historia de Clemente V. Suspira la novicia por no haber ido «a tierra de infieles». Dialogan los jesuitas en la sobremesa sobre la guerra de Corea y de Gasperi. Ha pasado el correo por entre medio de los naranjos. Los seminaristas juegan en su explanada a la pelota o pasean hacia atrás como los cangrejos.

Es la hora de la paz, del silencio infinito, de la vaguedad y la pereza suma. Es la hora del deseo, la hora del pecado mortal. Los niños duermen desnudos bajo las higueras y la vaca medita presupuestos en el establo.

—¿Qué ocurre?

—Nada, nada, que a doña Julita le ha dado un ataque.

Doña Julita es viuda, pero joven. Es vibrante y hermosa. Estaba en su jardín rodeada de mitología cuando de repente se desmayó. Nadie se lo explica.

(...Había oído la voz de Alfredo, una voz carnal y profunda. Alfredo es su vecino; un alférez de la milicia que acaba de llegar de permiso. Viven tapia de por medio. Alfredo cuida el palomar de doña Julita.)

Las golondrinas andan locas por los aleros de la catedral. El río se va a quedar parado de un momento a otro.

—Ande, doña Julita, un poco de agua de azahar y se le pasará en seguida.

—No sé qué me ha podido pasar—y suspira dentro de su luto cincelado.

ATARDECER

Todo es presencia, hasta la lejanía. El tiempo es largo como una noche de caricias. La palmera es llama, el río es oro, la nube es carne, la azucena es enfermedad, el latín es melancolía.

La novia se deja besar. El Padre Cobos, en la novena del Sagrado Corazón, habla de las revelaciones hechas a Santa Margarita María de Alacoque. En el Casino suenan las fichas de dominó con estrépito infernal.

Al pasar por el puente presentamos la riña de unos gitanos.

—Es que tú me tienes *adulterar* la sangre.—Y el hijo amenaza a padre.

Entro, por fin, en casa de doña Luisa. Es blanca como la cera, anciana, pero con hablar de niña.

—¿Cómo era Miró?

—¿Otra vez me lo pregunta?

—Sí, otra vez.

—Pues Miró era un hombre como usted, nada más que más guapo y más bueno.—Y se ha afligido doña Luisa. Salgo.

Ser bueno como Miró es muy difícil. Y más todavía sentir la belleza como la sentía él.

Orihuela, tibia, es nieve; en los senderos se desparrama la harina de la abundancia: Orihuela es rica. Todo el mundo habla de duros, de miles de duros. Quizá sólo lo dicen porque suena bien.

EL ARTISTA Y SU OBRA

Ahí está Miró, renacimiento de los sentidos, romántica exaltación de las formas, y ahí tenemos a Orihuela, resucitada frescura y ascensión poética del barro primitivo.

Miró, impercedero, luciérnaga después de la lluvia, gota de bálsamo oloroso en la herida, loca aventura en la entrega al placer y sacrificio germinador de la renuncia. Miró, rocío estelar, zumo vegetal, carnal desgarradura, suntuosidad retórica frente al misterio, arraigo penoso a lo metafísico, ternura de niño, abrazo humano, sonrisa divina.

Orihuela, tibia corporeidad del símbolo, graciosa parábola, alegoría afortunada. Diálogo de mercancías poéticas—la naranja, los dátiles, el cáñamo; coloquio místico—, castidad, celibato, penitencia; tragedia erótica—adulterio, celos, virginidad vertida. Orihuela, drama telúrico—, río pacífico que esparce desdichas, pobres de resignación tremenda, ricos de severa esplendidez.

Miró, la imagen; Orihuela, el artista. Miró, la metáfora; Orihuela, la realidad. Miró, la consciencia; Orihuela, la fe.

Ahí están sus obras que transpiran candidez y pasión, y esta es la ciudad que, sin «guía de turismo», es devoción transfigurada de una estampa evangélica siempre novísima.

